

ria, quién la hizo y dónde, cómo fue percibida en su momento por los habitantes y, sobre todo, lo que significan sus figuras y decorados, si es que acaso significan algo en especial. El autor prefiere las ocurrencias de ocasión, e insiste más adelante: "La fuente señala un acto de posesión de la civilización, repito, frente a lo que era en ese momento una naturaleza hirsuta, indomeñable" (pág. 49).

La colonización, según Ruiz Gómez, estuvo regida "interiormente por el deseo de dar a lo que era simplemente Naturaleza [sic] una nueva connotación cultural, civilizadora". Así, en esta peculiar versión, unos buenos hombres, en cierto momento, decidieron, con fines culturales y motivados por un "deseo interior", "civilizar" una Naturaleza, y por eso colonizaron tierras baldías. De plano quedan diluidos en la nada los estudios históricos, económicos y sociológicos sobre la colonización antioqueña, bajo una teoría voluntarista espontánea, confundida con la licencia poética.



Al mismo tiempo que intenta, y logra por momentos, prosas poéticas donde el yo del autor cuenta lo que le pasa o siente, no hay reparo en acuñar feás palabras como "burdeza" (pág. 49) y "axialidad" (pág. 50). Pero lo que merece mayor consideración crítica es una modalidad recurrente en este y otros textos, en virtud de la cual el autor acude a la mención de nombres de autoridades (sean poetas, arquitectos o teóricos) como manera de validar el asunto local en consideración. El pintor Pedro Nel Gómez en determinado momento optó por traducir la mitología popular

antioqueña a términos propios de la mitología clásica, convencido de que con ello elevaba la cultura popular de la región a los niveles superiores que consideraba merecía ocupar. Produjo así un olimpo donde se paseó la fantasía local: la Patasola era "la ménade del trópico"; la Pata de Tarro, la "euménide de Colombia". Siguiendo involuntariamente un esquema análogo, Ruiz Gómez acude a distintos autores y arquitectos de la historia universal para intentar legalizar, a su modo, la bella arquitectura de Salamina. ¿Por qué, se pregunta el lector, hay necesidad de invocar vagamente a Palladio, a Alberti, a Frank Lloyd (y no "Wlloyd") Wright o al mismísimo Aldo Rossi, para valorar las construcciones locales? Afectación, cierto retorcimiento sintáctico y metáforas aquí y allá completan el cuadro. En lugar de acudir a las potestades de la historia de la arquitectura y a viejos recursos culteranos, el texto debería profundizar en las raíces históricas de esa arquitectura, a la que se le presta flaco favor invocando a la ligera deidades lejanas legitimadoras. No obstante, el recurso ofrece la ventaja de la facilidad, según la siguiente receta: lleno un párrafo de frases en interrogativo, las cuales no me siento en el deber de responder ni siquiera a mí mismo; a continuación evoco nombres famosos conocidos y desconocidos, lo que de paso revela mi cultura, y agito toda la mezcla con algunas ocurrencias basadas en el tema. Por si las dudas, el método permite similitudes con las descripciones "posmodernas". Las frases poéticas tienen validez y vigencia, siempre y cuando no se violen sus propios límites y posibilidades. El texto tiene buenos ejemplos de lo uno y de lo otro.

La mayor parte de las fotografías son sencillas y sin rebuscamiento. Revelan distintas facetas de Salamina: panoramas generales, calles, esquinas, la explosión magenta de una veranera, los balcones y aleros, la luz dorada del sol de la tarde, los acomodos de las construcciones a los altibajos del terreno. Tal vez lo más bello y sorprendente se encuentra en los patios interiores y en las obras de madera tallada de los portones y contraportones. Aparecen también los habitantes en los actos de la

vida diaria: cruzan una calle, transportan bultos de café bajo un cielo de menta, caminan frente a la entrada del cementerio tapizada con flores amarillas de guayacán. La muda belleza de los bosques de palmas de cera o de las fachadas, portones, jardines y contraluces en tiendas y talleres artesanales, es interrumpida, al final, por fotos anodinas de planteles educativos y las clásicas y pueblerinas imágenes turísticas de bandas municipales, desfiles con las primeras autoridades y exposiciones equinas, sin que falte uno que otro atardecer desgastado con arreboles de postal común.

Después de apreciar las fotografías del libro, queda la convicción de que Salamina está hecha de barro, madera, balcones forjados y una luz única. Como bien dice en la presentación Daniel Echeverry, dejan también el deseo de querer estar allí. Los espacios interiores, decoraciones y patios vivos de vegetación y flora muestran que es posible el dulce vivir en Salamina.

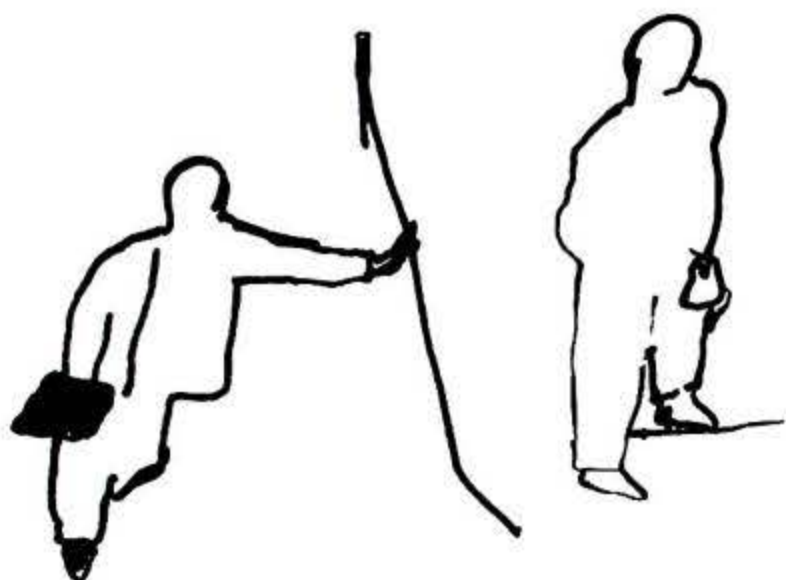
SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

De la BLAA

**Colección Permanente
del Banco de la República
Biblioteca Luis Ángel Arango
Casa de Exposiciones**

Desde cuando dejé mi provincia natal y me radiqué en Bogotá, con mis sueños de artista y de escritor, la Biblioteca Luis Ángel Arango fue uno de mis polos de atracción. Y es algo muy simple de entender: por un lado mi ansiedad visual por todo lo que fuera pintura y, por otro, porque en sus salones se realizaron gran parte de las mejores exposiciones de la época —importancia que compartió con el Museo de Arte Moderno y algunas galerías privadas— y es casi obvio que hacia ellos dirigiera mi interés, como lo hicieran tantos colombianos amantes de las artes plásticas y creyentes de nuestro desarrollo cultural.

Recuerdo que algunas de esas exposiciones fueron comentadas por mí en las páginas dominicales de los periódicos de Bogotá —cuando hacía parte de los reseñadores de actividades culturales del momento—, y allí dejé constancia de mi avidez por el arte y mi admiración por la Biblioteca.



Dichas exposiciones hacen parte de mi formación espiritual. Entre ellas, tres que se hicieron en 1966 y marcaron en profundidad mi expectativa juvenil: *Primeros premios nacionales de pintura*, en febrero de ese año, que reunió las obras ganadoras de los diecisiete Salones Nacionales efectuados hasta el momento; *Pintura francesa contemporánea*, entre abril y mayo, con una excelente muestra que incluyó obras originales de Marc Chagall, André Derain, Henri Matisse, Pablo Picasso, Victor Vasarely, Max Ernest, Roul Dufy, entre otros; y *Pintura colombiana de ayer*, en agosto del mismo año, primera muestra de la colección que había empezado a formar el Banco de la República desde 1957 y que, con la colaboración de Carmen Ortega Ricaurte, se exhibió bajo el nombre de *Pinacoteca del Banco de la República*.

Se comprenderá, entonces, por qué mi asiduidad y mi ánimo alerta para seguir de cerca la actividad plástica generada en tan activo centro cultural. Recuerdo, también, que varios Salones Nacionales de Artistas, como el XX de 1968, certamen anual que alternaba escenarios como la Biblioteca Nacional o el Museo Nacional, —hoy en Corferias—, tuvieron albergue en sus dos espaciosos salones de entonces. Y muestras de relieve como la dedicada a Dicken Castro (1970), arquitecto destacado en la historia del diseño gráfico en Colombia; o la de *El hombre y sus pensamientos a través del arte* (1970),

patrocinada por Contair Corporation of America y Cartón Colombia; o la de *Grabadores y dibujantes de Colombia* (1973), presentada por Germán Rubiano Caballero cuando las artes gráficas irrumpían en el panorama artístico nacional con fuerza arrolladora; o la de Aligi Sassu (1978), representante del *futurismo* italiano que visitara el país por aquellos años.

En época más reciente, su programación continua nos ha permitido admirar exposiciones inolvidables como las de *Obras maestras del museo de Lieja* (1986), la serie *La caricatura en Colombia* (1986-1988), *Acuarelas del castillo de Norwich* (1988), *Andrés de Santamaría, nuevos testimonios, nueva visión* (1989), *Edgar Degas, colección del Museo de Arte Moderno de São Paulo*, con la cual se inauguraran las nuevas instalaciones de la Biblioteca (1990), *Luis Caballero, retrospectiva de una confesión* (1991), *Juan Antonio Roda, habitar la pintura* (1992), *Botero, la corrida* (1993), y tantas otras, que sería prolijo enumerar, muchas de ellas oportunidad única de experimentar el goce de tener cerca estas obras originales de la pintura universal.

Con igual entusiasmo se han destacado los valores jóvenes a través del programa *Nuevos nombres*, algunos de ellos ya figuran en la Colección por la importancia de sus propuestas y su renovadora actividad en la plástica nacional.

Treinta y un años más tarde (1966-1997), después de esta paciente labor de rescate, conservación, clasificación y difusión, el Banco de la República ha abierto al público colombiano su *Colección permanente*, expuesta ahora en la Casa de Exposiciones, antigua casa Luis López de Mesa, la cual, después de la remodelación y adecuación de sus instalaciones, ofrece hoy la trascendental muestra.

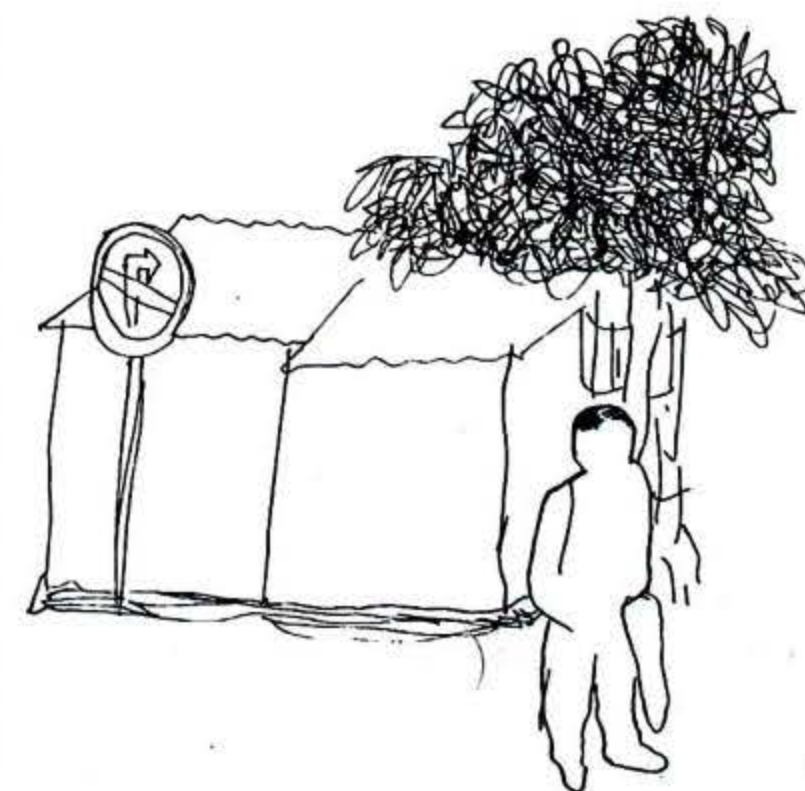
El origen de la Colección se remonta a 1957, cuando la Biblioteca organizó un Salón de Arte Moderno y adquirió *En rojo y azul*, de Fernando Botero. A lo largo de los años ha ido enriqueciendo su patrimonio artístico con nuevas adquisiciones y donaciones. Estas obras han sido mostradas en varias oportunidades a los colombianos, como en la ya mencionada *Pinacoteca* en 1966, la *Antología*, que se dividiera en

anteriores y nuevas adquisiciones, en 1990; y la actual colección, que abarca diez salas y dos pisos de la Casa de Exposiciones recién inaugurada.

La exposición es, en verdad, un recorrido por la historia de las artes plásticas en Colombia. Decantados los fervores que cada época impone a sus manifestaciones culturales, se miran con otros ojos los trabajos que se remontan a la Colonia, aquellos balbuceos de la época de la Independencia, la Academia del siglo XIX y principios del XX, la irrupción de lo moderno en un país que poco tenía de ello, y la constante renovación que le imprimen nuevas figuras con su aparición en el panorama de nuestra plástica.

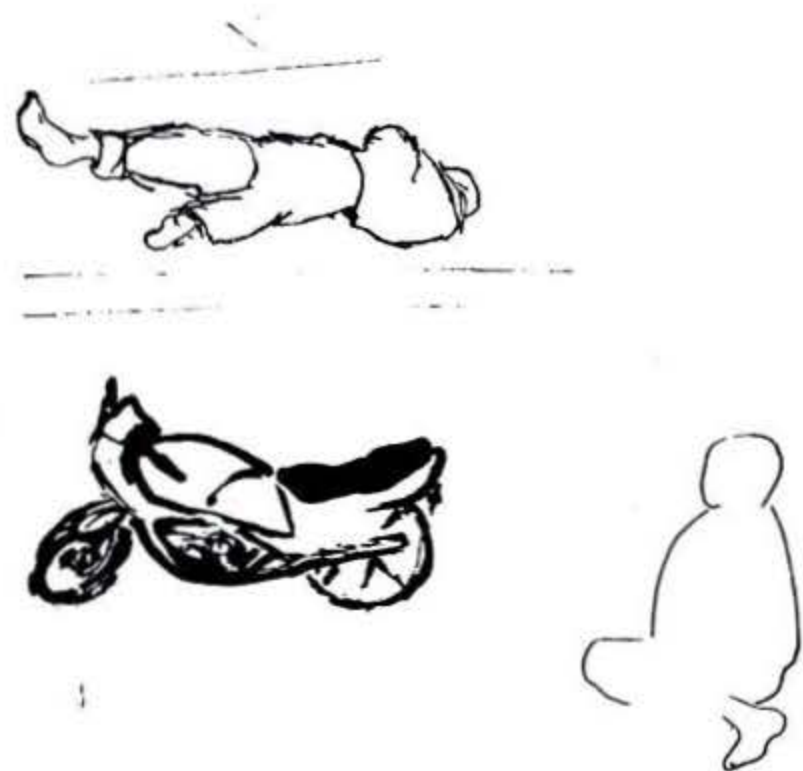
No están las que, para los especialistas, son las mejores o más publicitadas obras de los artistas representados, pero todas son significativas de su trabajo artístico, de la personalidad que le han impreso a sus creaciones. Enlazadas unas con otras, con criterio estético y didáctico, son una historia de la plástica nacional difícil de encontrar en otros escenarios.

Y así comienza la visita y, con ella, la historia: en la sala 1, por ejemplo, sobresale la obra de Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos, figura cimera de la pintura colonial. A su lado, las sobrecogedoras *Monjas muertas*, atribuidas a Victorino García Romero, cedidas por Granahorrar al Banco de la República para su exposición permanente.



La sala 2 muestra *La muerte de Sucre*, de Pedro José Figueroa, quien con su ingenuidad nos ofrece una visión dramática de nuestra época de independencia. También, en esta sala se

aprecia el tránsito de lo ingenuo a la Academia que es marcado por los paisajistas, pocos de ellos logran trascender el pinturerismo, como Ricardo Borrero Álvarez, para darle al paisaje otra dimensión.



La sala 3 enmarca la irrupción del arte moderno en Colombia. Figura descollante lo fue el controvertido Andrés de Santamaría. Le siguen Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Luis Alberto Acuña, Carlos Correa y Débora Arango, signados en sus inicios por la preocupación social.

La sala 4 reúne a Fernando Botero, Juan Antonio Roda, Alejandro Obregón, Enrique Grau, grupo cuya trascendencia en la pintura es ya de todos conocida, y la de los más grandes escultores de nuestra contemporaneidad: Eduardo Ramírez Villamizar, Edgar Negret y Feliza Bursztyn.

En la sala 5 se aprecia el legado de Guillermo Wiedemann, pintor alemán radicado en Colombia, cuyo asombro por el trópico lo lleva a asimilarlo y expresarlo como pocos lo han logrado, con tanta sensibilidad y transparencia.

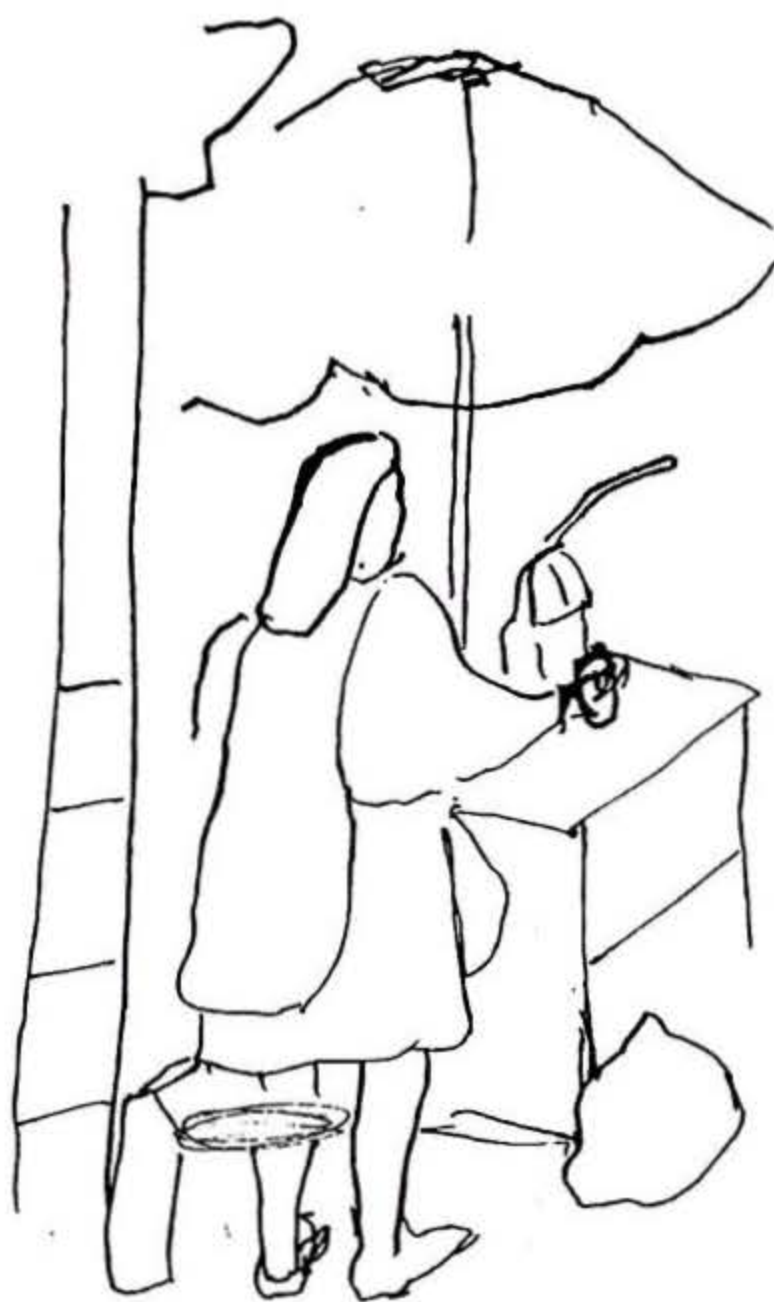
En verdad, en este apasionante recorrido, no hay necesidad de hablar de escuelas o tendencias. En el segundo piso el arte sigue su desarrollo, tan híbrido y mestizo como el nuestro. Las salas 6 y 7 nos colocan frente a frente con Ómar Rayo y su arte óptico, inalterable aunque ascendente a través de los años; con Carlos Rojas y Fanny Sanín y sus particulares tendencias geométricas, Cecilia Porras, Carlos Granada, Bernardo Salcedo, Norman Mejía —inolvidable su *Horrible mujer castigadora*—, renovadores e irreverentes

con sus concepciones de ruptura, y, en fin, una etapa rica, quizá, una de las más controvertidas del arte colombiano.

La sala 8 nos descubre a Luis Caballero, cuya obra deja desnudos ante los espectadores su rigor artístico y su intelecto, su gran sensibilidad y su maestría.

La sala 9 reúne la mirada asombrada de fin de siglo de un grupo de artistas que oscilan entre la violencia social y la soledad del hombre, la alucinación y la esperanza. Luciano Jaramillo, Beatriz González, Lorenzo Jaramillo, Ana Mercedes Hoyos, Juan y Santiago Cárdenas, Óscar Muñoz, nos entregan su personal visión del mundo y su variedad enriquecedora. En medio de la sala, uno piensa que el tiempo no ha pasado en vano y que, muchas veces, sobran las palabras.

Estamos en las puertas del siglo XXI. La sala 10, la menos permanente de todas porque habrá decantamientos e irrupciones, agrupa inicialmente a Carlos Salas, Bibiana Vélez, Diego Mazuera, Carlos Salazar y Delcy Morelos, entre otros, quienes asumen el avance como un reto despojado de trascendentalidad.



Por otro lado, para mayor riqueza de la colección, están los artistas latinoamericanos, mínima pero significativa muestra del esplendor de nuestro con-

tinente. Armando Reverón (Venezuela), David Alfaro Siqueiros (México), Joaquín Torres García (Uruguay), Rogelio Polesello (Argentina), Julio Alpuy (Uruguay), Jesús Rafael Soto (Venezuela), Vicente Rojo (México), Francisco Matto (Uruguay), Jacobo Borges (Venezuela) o Manuel Felguérez (México), se erigen en compañeros de viaje de nuestros artistas.

Visitar, pues, esta Colección es una cita obligada para quienes somos amantes del arte y una invitación a sentir orgullo por Colombia. Quien lo haga, comprenderá por qué, después de treinta y un años, sigo siendo un asiduo visitante de las exposiciones que programa la Biblioteca Luis Ángel Arango. Y puedo repetir, sin lugar a equivocaciones, aquellas palabras que escribiera en un suplemento literario por aquellos años de mis inicios: *Pocas veces en Latinoamérica ha existido un centro de cultura cuya constante preocupación haya sido mantener al público en contacto con las manifestaciones artísticas y literarias como la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. La parte literaria y humanística por su biblioteca en sí, sus salas de lectura, sus recitales, sus conferencias. La parte artística por sus dos bellísimas salas, en cuanto a la plástica, y su sala de conciertos, en cuanto a la música.* (Semanario Dominical, 13 de septiembre de 1970, pág. 6)

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

Discurso sobre retórica en la economía

El manejo grácil del lenguaje ha sido siempre, y lo sigue siendo, requisito de todas las profesiones. No sólo porque la comunicación de las burocracias modernas es escrita, para dejar trazas de la conducta de los funcionarios y establecer sus responsabilidades, sino porque la comunicación de las ideas, de las teorías, de las técnicas, de las organizaciones, de los actos y funciones y de los informes debe hacerse por escri-